

**ANGUSTIA Y CONDUCTAS DE RIESGO EN ADOLESCENTES. UN ENFOQUE
PSICOANALÍTICO**

LUISA FERNANDA ASUAD LOPERA

Trabajo de monografía para optar al título de
Especialista en Problemas de la Infancia y la Adolescencia

Asesor:

HUMBERTO ACOSTA

Magíster en Ciencias Sociales

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS

MEDELLÍN

2018

ÍNDICE

Introducción	3
Objetivos	5
I. Planteamiento del problema: Las conductas de riesgo y el despertar de la adolescencia: problemas por comprender	5
II. Apreciaciones en torno a la angustia	13
III. Angustia de separación y conductas de riesgo	17
a. Los tiempos de la separación en la vida del sujeto	17
b. Comportamiento del Yo frente a la angustia	23
c. Angustia de separación y exposición al riesgo (La angustia de separación como catalizador del riesgo)	27
IV. Conducta de Riesgo y Pulsión	29
V. Conducta de Riesgo y Superyó	31
VI. Conducta de riesgo: ¿reinención o llamado?	38
Tiempo de concluir	43
Bibliografía	47

INTRODUCCIÓN

Para el mundo adulto el comportamiento del adolescente sigue representando un enigma. Durante los últimos años, las conductas de riesgo en esta población han abierto un sinnúmero de interrogantes: ¿por qué un adolescente habría de exponer su bienestar físico y mental, a través del riesgo?, ¿qué ganancia le proporciona?, ¿no teme, acaso por su vida?

La inquietud particular que surge en relación con el presente trabajo tiene que ver con el papel que juega la angustia en torno a las conductas de riesgo en adolescentes. De la mano del psicoanálisis se indaga si la angustia es el resultado de este tipo de comportamientos o si en su defecto, los antecede.

Para dar inicio a esta exploración se plantean diversas definiciones acerca de la conducta de riesgo. Se estudian los motivos que dan razón a su prevalencia durante dicho momento de la vida, para lo cual, es pertinente analizar aspectos diversos de la nombrada “crisis de la adolescencia”.

Se postula una hipótesis inicial, que considera las conductas de riesgo como un modo de defensa del adolescente frente a la confusión que experimenta. Tres vertientes se muestran dignas de explorar para comprender el origen de las conductas de riesgo: la angustia de separación de los padres de la infancia, las demandas pulsionales típicas de la adolescencia y las exigencias del superyó.

En el capítulo segundo se indaga el concepto de angustia en Freud, por tratarse de un eje central de este estudio. Los capítulos sucesivos están dedicados a explorar cada una de las vertientes propuestas, llegando a la conclusión de que si bien, la conducta de riesgo surge como un modo de defensa del adolescente frente a la confusión y el displacer que experimenta, no puede equipararse dicha definición con la establecida por Freud como “mecanismo de defensa”.

Una vez detallados los aportes de cada vertiente para la comprensión del problema de estudio, se cuestiona si la conducta de riesgo debería enmarcarse en los conceptos de *acting out* y pasaje al acto. Finalmente, se retoma la propuesta del autor David Le Breton de definir las como “actos de pasaje”, exponiendo los argumentos a favor de esta postura.

Finaliza, pues, este escrito, haciendo una invitación para entender las conductas de riesgo en adolescentes como modos de reinención o de llamado al otro, más que como actos de negligencia, irresponsabilidad o rebeldía.

Que este breve estudio sea para el lector un camino que facilite la comprensión y empatía para con los adolescentes que encuentran en el riesgo un modo de reinventar su existencia y de lidiar con el peso de un crecimiento que desconocen cómo emprender. Que sea pues, una vía para recordar a través de aquellos que adolecen aquel sufrimiento que los años les han permitido dejar en el olvido.

OBJETIVO GENERAL

Examinar teóricamente el papel de la angustia en las conductas de riesgo en los adolescentes.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Describir las causas de la angustia en adolescentes.
- Analizar las razones por las que los adolescentes incurren en conductas de riesgo.
- Determinar la relación existente entre la angustia de separación y las conductas de riesgo en adolescentes.
- Explorar el concepto de pulsión y su relación con las conductas de riesgo en adolescentes.
- Estudiar la incidencia del superyó en las conductas de riesgo en adolescentes.

I. LAS CONDUCTAS DE RIESGO Y EL DESPERTAR DE LA ADOLESCENCIA: PROBLEMAS POR COMPRENDER

La adolescencia es un proceso crucial en la vida de cada individuo, un momento donde las vivencias de la sexualidad infantil adquieren un significado más profundo: se transforman y cobran un sentido distinto que irá configurando la base psíquica del adulto. En palabras del profesor Mauricio Fernández, “si para el psicoanálisis todo se prepara en la infancia, es en la adolescencia donde todo se juega”. La fuerza con la que despierta el impulso sexual lleva al adolescente a buscar nuevos objetos de deseo, lo somete a una puja de presiones internas y externas que lo obligan a abandonar su condición de infante (Fernández, 2006).

Si bien, las transformaciones puberales demuestran que los adolescentes están biológicamente preparados para tomar decisiones en relación con su cuerpo, el acercamiento a su contexto permite

inferir que sus capacidades psíquicas aún no lo están. Es evidente que sus decisiones al respecto impactan profundamente su mundo afectivo, tienden a desequilibrarlo.

Los adolescentes de hoy han crecido en un contexto social en el que discursos como el de la libertad sobre su cuerpo y el de los derechos sexuales y reproductivos han despejado la vía para que gocen de una vida placentera y a un mínimo nivel de riesgos físicos. Una mirada cercana a la contemporaneidad puede evidenciar cómo desde las leyes y la política, se extiende la idea de que los sujetos deben recibir formación adecuada que les permita tomar decisiones informadas sobre su cuerpo y su fertilidad, a ejercer sobre éstos de manera autónoma e independiente. Por su parte, los ámbitos de la salud y la educación, coloreados por la influencia de la ciencia han facilitado la promoción de derechos que invitan a disfrutar de la sexualidad, del erotismo. En conjunto, el discurso actual invita, ciertamente, a los jóvenes a vencer las barreras de la culpa, la vergüenza y el miedo, instaurados por los preceptos morales y sociales que actúan en ellos como barrera represiva.

Se hace llamativo entonces que ante a tales influencias culturales y sociales, pensadas en facilitar el bienestar, los adolescentes de hoy estén aumentando sus conductas de riesgo. No sólo parecen seguir experimentando un gran monto de angustia en su acercamiento al sexo y a otras decisiones que comprometen la relación con su cuerpo, sino que muchos de los que se abren deliberadamente al placer, parecen alejarse de la idea del autocuidado, del “amor propio” y asumir, en últimas, conductas destructivas sin medir efectos futuros. Es inquietante su progresiva tendencia a bordear el límite, hasta el punto de exponerse a la muerte.

Para alcanzar una comprensión de lo hasta aquí expuesto, es importante definir la expresión “Conductas de Riesgo”. El psicoanalista Philippe Lacadeé las define como comportamientos somáticos, que expresan una demanda simbólica de la muerte, mientras se buscan límites que han

sido nulos o pobremente establecidos; actos con los que el sujeto procura asegurar el valor de su existencia, “intentos de existir, más que de morir” (Lacadeé, 2007). Afirmar el autor que por medio de ellas, el adolescente procura mantener vivo su sentimiento de libertad, en un intento de dominar su propia muerte (Cf. Lacadeé, 2007).

Otros autores hablan de las conductas de riesgo como “aquellas acciones voluntarias o involuntarias realizadas por un individuo o comunidad que pueden llevar a consecuencias nocivas. Son múltiples, y pueden ser biopsicosociales. El estudio de ellas ha demostrado que son particularmente intensas en la adolescencia” (Corona & Peralta, 2011: 70). Por otro lado, Uriksen de Viñar (Uriksen, 2003: 9-14) las plantea como comportamientos propios del adolescente que comprometen la salud, la integridad física y psíquica y la vida, en las que se relacionan el ímpetu propio de los cambios psíquicos que acompañan a la pubertad y la violencia que implica la caída de los referentes simbólicos familiares.

Un enfoque interesante es el de Le Breton (Le Breton, 2003), que les confiere una motivación inconsciente: una vez que el sujeto se siente inútil, impotente y solo, encuentra en la acción la modalidad perfecta para descargar la tensión que le acarrea estas ideas. A través de las afirmaciones del autor puede comprenderse que lo que busca el sujeto al ponerse en peligro es cuestionar simbólicamente a la muerte para garantizar su propia existencia (Le Breton, 2013).

Todo lo anterior supone una gran paradoja: la de reafirmar la vida, a través del acercamiento a la muerte. Es por esto, que en la actualidad, es creciente el interés de la psicología y otras áreas afines en estudiar y comprender las diversas conductas de riesgo en que están incurriendo los adolescentes.

Para explicar por qué tal tipo de comportamientos germinan mayormente en este momento de la vida se explorarán diferentes vías. En primer lugar, Fernández Raone (Fernández, 2014) expresa que son producto de la relevancia que adquiere el cuerpo, del modo en el que irrumpe lo real del sexo y de las complejidades identificadoras que se derivan del desasimiento de la autoridad de los padres. No obstante, otros discursos expresan que si bien, la cultura contemporánea promueve ideales como la autonomía y el empoderamiento de los derechos, empuja también a los sujetos a llevar a cabo acciones en contra de su bienestar y de su propia existencia. En términos de Jaramillo, “Esto supone que la ciencia y la tecnología, hecha posible por sus conquistas, en lugar de procurar el aseguramiento de la vida, fomenta los empujes propios de la pulsión en los cuales se hace del cuerpo el territorio privilegiado” (Jaramillo, 2009: 13). Para esta misma autora “el riesgo es uno de los nombres que adquiere la pulsión en el discurso contemporáneo” y expresa que “con el concepto psicoanalítico de pulsión, se explica por qué lo empíricamente más riesgoso para la vida y la salud, se vuelve un imperativo fascinante para aquellos que asocian el peligro con una —experiencia inolvidable” (Jaramillo, 2009: 112-113).

En su trabajo *Adolescencias contemporáneas: de la educación sexual al saber en exceso*, la psicoanalista Clara Cecilia Mesa, expresa que “Las apariciones recientes de investigaciones, estudios, encuestas, artículos, inclusive la masiva circulación de libros, presentan una preocupación creciente por la aparición de modos de relación y de formas sintomáticas en los que el adolescente contemporáneo se juega su goce en una lógica que parece trascender los acuerdos que preservan la vida” (Mesa, 2006: 41). Como ejemplos habla del alto nivel de consumo y dependencia de drogas, la acción delictiva de los jóvenes, las anorexias, las formas de perversión sexual, la dificultad para lograr relaciones estables entre los adolescentes, el incremento de embarazos y abortos en menores, entre otros. (Cf. Mesa, 2006: 41 – 42).

Todo lo anterior, lleva a cuestionar si las vías por las que la sociedad contemporánea forma e informa a los adolescentes, en relación con su cuerpo, en lugar de generar una disminución de problemas de salud pública como los embarazos tempranos, las enfermedades de transmisión sexual, la fármaco dependencia y la depresión, están ampliando el espectro de los problemas de orden físico, psíquico y anímico que lastiman a esta población. Los adolescentes están sobrecargados de información, pareciera que sienten que tener sexo y asumir riesgos son pasos obligados para encajar en el mundo en que se desenvuelven, para ganarse un lugar en él, para cumplir con el requisito de una “normalidad” que les cobra un alto precio. Tratan de “madurar” a paso afanado pero no advierten los efectos psíquicos y emocionales de una búsqueda de placer que si bien, genera una satisfacción momentánea, parece devenir luego acompañada de angustia.

Para ofrecer una mejor comprensión de lo anterior, es prudente mirar con detenimiento cuanto respecta a los procesos psíquicos y físicos en los que se encuentra inmerso el adolescente y estudiar los efectos que tiene en él la irrupción de la sexualidad.

Para Aberastury, “Los cambios psicológicos que se producen en este periodo y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia” (Aberastury, 1969). Afirma la autora que durante este momento de su vida, el adolescente oscila entre dos polos: la dependencia y la independencia; se siente incitado a desprenderse pero a su vez teme perder su dependencia infantil y aquello que le resulta conocido. Esta ambivalencia le lleva a experimentar confusión, dolor roces familiares y sociales. Lo que muestra su conducta es el desamparo que siente tras dejar de ver a sus figuras parentales como ideales (Aberastury, 1969). La autora expresa que una solución parcial ante esta crisis consiste en escapar del mundo externo a través de la fantasía, que permite encontrar un

resguardo en el mundo interno. De este modo, el sujeto vuelve a sus orígenes narcisistas y siente que puede prescindir temporalmente de la exterioridad. Es a través de este mecanismo que empieza a prepararse para un accionar que le permitirá conectarse de nuevo con los objetos externos y que se defenderá, por lo pronto de las exigencias que le depara su crecimiento.

En su libro “La Adolescencia Normal”, la autora amplía estos conceptos y manifiesta explícitamente que el adolescente, necesariamente debe elaborar tres duelos: uno por la pérdida del cuerpo infantil, cuya transformación incómoda e incontrolable no sólo evidencia el devenir de los caracteres secundarios y el papel del futuro adulto frente a la procreación sino que es el punto a partir del cual empiezan a gestarse los cambios psicológicos y adaptativos que tendrá que afrontar. El segundo que refiere a la exigida renuncia frente al rol y la identidad infantiles, y lo conduce a apropiarse de responsabilidades que hasta ahora le resultan nuevas y complejas. El tercer duelo se produce en relación con los padres de la infancia, que dejan de ser vistos como ideales y a quienes, en palabras de Mauricio Knobel “trata de retener en su personalidad, buscando el refugio y la protección que ellos significan” (Aberastury & Knobel, 1999). Para explicar la profundidad de este fenómeno, el mismo autor indica cómo la pérdida de la niñez implica la pérdida de una parte del yo y de los objetos hasta entonces amados (Aberastury & Knobel, 1999). Sacrificar las relaciones de la infancia supone entonces la base de la inestabilidad del adolescente, su tendencia a moverse entre la dependencia y la independencia - si bien, desea ganar autonomía, teme perder la seguridad y protección que le supone su condición infantil- . Tiene que arreglárselas - con sus pocos recursos- para lidiar con la congoja que le supone esta sensación de desamparo e impotencia. Asumir entonces la identificación que se desprende de este proceso vital no es tarea fácil. Para lograrla, el sujeto debe enfrentar primero lo que Knobel denomina el “síndrome normal de la adolescencia”, un período cuya sintomatología implica la búsqueda de sí mismo y de la identidad;

la tendencia grupal, la necesidad de intelectualizar y fantasear para encontrar su postura frente al mundo, las crisis religiosas, que pueden oscilar entre el fanatismo y el absoluto ateísmo. Son propios también de este momento un gran nivel de desubicación temporal, una evolución sexual que se hace manifiesta, las tendencias anti sociales o reivindicatorias, la conducta dominada por la acción - forma de manifestación típica de este momento- y las fluctuaciones de humor y del estado de ánimo (Aberastury & Knobel, 1999). En suma, el joven recurre al incremento de su narcisismo y su omnipotencia, para mostrarse como un sujeto capaz de conectarse con el mundo y sus objetos y de responder ante las amenazas y exigencias que éstos representan. Seaone señala que se despierta en los adolescentes un sentimiento de indestructibilidad que los lleva a ser “una franja etaria de riesgo” (Seaone, 2015: 9).

Otros autores se refieren a este proceso narcisista como “la crisis de la adolescencia”. Freire de Garbarino & Maggi de Macedo (1992), explican cómo el modo en el que el adolescente vuelca su libido sobre sí mismo puede llevarlo a estados que podrían asemejarse a los psicóticos y fronterizos. Éstos se caracterizan por una gran actividad fantaseadora que en ocasiones puede conllevar a intentos de autoeliminación, que expresan la sensación de vacío que experimenta el sujeto. No podrían interpretarse éstos como la manifestación de un deseo de muerte sino como un modo de defenderse ante la confusión que atraviesan.

Hasta ahora, ha sido llamativo que la posición que asume el adolescente frente al curso de su desarrollo sea de defensa. Más curioso aún resulta que la tan anhelada autonomía que empieza a ganar le devenga displacentera.

Esto evidencia que el mundo adolescente resulta ser un campo lleno de ambigüedades. El paso del niño al adulto se aleja por mucho de ser una experiencia grata y llevadera. Los cambios derivados de este proceso resultan extraños y ajenos al sujeto, le exigen una serie de renunciaciones y lo sumen,

por consiguiente, en un estado de confusión y duelo. Estas experiencias displacenteras, sumadas a la angustia producida por la separación que emprende el adolescente de sus padres, genera un particular e intenso estado de angustia, frente al que el adolescente debe buscar una salida.

Una primera hipótesis podría formularse con las elucidaciones hasta ahora expuestas: las conductas de riesgo surgirían como un modo de defensa ante la confusión que experimenta el joven.

Tres vertientes pueden ser exploradas para dar respuesta a esta idea:

- a. Pueden examinarse, en principio, los procesos de separación del adolescente y su relación con la incursión en conductas de riesgo. Según algunos autores, este proceso sume al joven en una profunda angustia, derivada de su sentimiento de indefensión e impotencia, frente a la cual asume el riesgo como vía de defensa.
- b. Una segunda vía implica estudiar el rol que juega la pulsión en el adolescente. El resurgimiento de la sexualidad mueve las instancias pulsionales, de tal modo que despierta en el adolescente una necesidad de experimentación en el orden corporal. Esta tendencia desataría en algunos casos la conducta de riesgo como respuesta ante la fuerza pulsional que desborda al sujeto.
- c. El tercer camino busca analizar la relación del adolescente con el superyó: es sabido que cuando éste no logra interiorizar al padre como representación de la ley, puede fracturarse su sistema identificador, lo cual conlleva a consecuencias destructivas. El sujeto queda expuesto a las demandas de la pulsión y por consiguiente, a la punición de aquella instancia.

Con el ánimo de facilitar una comprensión general de la problemática que constituyen las conductas de riesgo en adolescentes, serán sondeadas las tres vertientes descritas, de modo tal que puedan construirse apreciaciones varias en relación con los aportes que la teoría psicoanalítica pueda brindar a este breve estudio.

II. APRECIACIONES EN TORNO A LA ANGUSTIA

En el Malestar en la Cultura, Sigmund Freud deposita una clave para comprender este hecho: “cuando el hombre pierde el amor del prójimo, de quien depende, pierde con ello su protección frente a muchos peligros, y ante todo se expone al riesgo de que este prójimo, más poderoso que él, le demuestre una superioridad en forma de castigo” (Freud, 1930). Se deduce entonces que para el autor, la condición de dependencia y desamparo del hombre lo lleva a experimentar angustia ante la idea de separarse del objeto – el padre-. Esto explica la afirmación de Mercedes Valcarce, quien expresa que “Separarse del otro es la angustia más primitiva” (Valcarce, 2008). Por su parte, Otto Rank afirmó que la angustia tiene su origen en el nacimiento y la subsiguiente separación de la madre. Las afirmaciones hasta aquí expuestas implican que la pérdida del estado de completud que se produce en la infancia se repetirá nuevamente en el adolescente que pierde su condición infantil y por supuesto, se ve obligado a resignificar la relación con sus padres.

Es prudente pues, inducir una primera aproximación al concepto de angustia: Freud permite entenderla como un estado afectivo, un terrible padecimiento, que por su alta intensidad puede llevar a los neuróticos a adoptar medidas extremas, como una respuesta del yo frente al peligro, una señal de huida ante éste. Plantea dos tipos de angustia: la realista, que describe como “reacción frente a la percepción de un peligro exterior, es decir, de un daño esperado, previsto; va unida al reflejo de huida, y es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de autoconservación” (Freud, 2011: 358) y de otro lado, la angustia neurótica, aquella que se asocia a un peligro desconocido, inesperado, que define como peligro pulsional. Frente a éste manifiesta que no permite al sujeto anticipación alguna. Al respecto expresa también que la angustia no nace de la libido reprimida sino que por el contrario, produce la represión.

En su Conferencia 25 (Freud, 2011) es claro el autor al anotar que cuando la fuerza de la angustia es exagerada, termina por paralizar al sujeto, incluso de la acción de huida. Esto puede suponer delicadas implicaciones, si se tiene en cuenta que una de las características propias de la angustia es el *apronte* para el peligro, que a través de la tensión motriz y la afinación de los sentidos, genera la capacidad de huida, la defensa activa y aquello que se experimenta como sentimiento de angustia. Así pues, el apronte angustiado sería un fin que evitaría el desarrollo de la angustia misma.

El citado escrito contiene además una diferenciación entre los términos angustia, terror y miedo, como se expone a continuación: “angustia se refiere al estado y prescinde del objeto, mientras que “miedo” dirige la atención justamente al objeto. En cambio, “terror” parece tener un peligro que no es recibido con apronte angustiado” (Freud, 2011: 360). El hombre, entonces, utiliza la angustia como un medio de protección ante el horror.

La angustia es un afecto complejo que se mantiene en movimiento gracias a la repetición de una vivencia específica que guarda importancia para el sujeto. Freud afirma que en este caso, la experiencia que podría encarnar este sentir es el acto de nacimiento, aquel momento que se constituye como un modelo que representa el peligro mortal, por encontrarse cargado de experiencias displacenteras, estímulos y sensaciones corporales y mociones de descarga que coinciden con el instante en que se produce la separación de la madre. En resumen, validando la afirmación de Otto Rank, la angustia actual del sujeto es la reproducción de este primer estado de angustia.

Más adelante, sus observaciones apuntan a establecer el vínculo que existe entre la angustia general o expectante y libido. Menciona, por ejemplo, cómo la imposibilidad de una descarga sexual satisfactoria trasmuda la libido en angustia y sostiene la existencia de un vínculo genético entre

ambas. Para sostener esta tesis expresa que existen fases de la vida como la pubertad y la menopausia en las que el aumento de la libido genera mayor propensión a una contracción de la angustia. Continúa agregando que

[E]n muchos estados emocionales es posible observar directamente el entrelazamiento de libido y angustia, y la sustitución final de la primera por la segunda. La impresión que recibimos de todos estos hechos es doble: en primer lugar, que está en juego una acumulación de libido a la que se le coartó su aplicación normal; en segundo lugar, que ello nos sitúa por entero en el campo de los procesos somáticos. A primera vista no se discierne el modo en que se genera la angustia a partir de la libido; se comprueba, solamente, que falta libido y en su lugar se observa angustia (Freud, 2011: 367).

Se nota pues, cómo en este primer momento de su teoría de la angustia, Freud atribuye su origen a la libido: la angustia, que constituye una huida del yo frente a su libido, no puede más que haber nacido de ésta misma (su libido: un peligro interno que se trata como si fuese externo).

Empero, sus dilucidaciones posteriores le permiten dudar de esta afirmación. Al explorar la conducta de los niños y la angustia que se genera de su condición de indefensión, señala que existe en ellos una inclinación primordial a la angustia realista. De este modo, el estado de angustia es lo que existe en principio y posteriormente el niño - luego el adolescente – se angustia frente a su propia libido.

Con lo anterior encuentra que el lazo libidinal se despliega hacia un objeto específico, es decir, se construye con objetos determinados que han servido al niño para salir de la angustia. Producto de esto, se genera una ligadura del niño con su madre, para asegurar su supervivencia. Es así como la preservación de los lazos libidinales, aun cuando sea con un objeto sustitutivo, es la manera que el infante posee para defenderse de una angustia brutal que no tiene objeto: el desamparo. Una conclusión se deriva, pues, de lo anterior: la angustia realista es una exteriorización de las pulsiones de autoconservación del yo. Así pues, queda formulada la segunda teoría de la angustia en Freud.

Aportes mayores se encuentran en su texto *Inhibición, Síntoma y Angustia* (Freud, 1948), en el que el autor recalca la idea de que siendo el nacimiento la condición más primitiva de angustia, el equivalente a la situación peligrosa que experimenta el yo, éste desarrolla síntomas como mecanismos para liberarse de dicha situación. Cuando los síntomas no pueden desarrollarse, la instancia placer-displacer no puede operar de manera adecuada para frenar las amenazas provenientes del ello, con lo cual, el yo queda expuesto al peligro (Freud, 1948: 1240).

Esta dilucidación facilita el estudio del comportamiento defensivo del yo y el papel que juega la angustia en las diferentes fases de la vida del sujeto. Siguiendo las ideas del autor, cada época de la vida o cada fase evolutiva del desarrollo anímico está relacionada con una situación peligrosa: en la edad más temprana, este peligro radica en la dificultad del sujeto para lograr un dominio psíquico sobre el monto de excitación que percibe desde el interior y el exterior. Más tarde estará representada en el temor del niño frente a la pérdida del amor y el cuidado de aquellos de quienes depende. Años más tarde, con la instauración del Complejo de Edipo, el infante desarrolla un temor frente al padre y a la castración, en respuesta a la hostilidad que experimenta hacia éste, por verlo como un rival que le impide cumplir sus aspiraciones sexuales frente a su madre. Una vez que el sujeto inicia su relacionamiento social, el peligro tendrá su origen en el superyó, la conciencia moral o la ausencia de éste. (Freud, 1948: 1241).

Otto Rank pudo evidenciar una conexión, un factor común en las reacciones de angustia que corresponden a cada etapa: todas ellas implican el temor a la separación: inicialmente, tiene una connotación meramente biológica, luego implica el temor ante la pérdida del objeto y finalmente, es motivado por la posibilidad de experimentar una pérdida provocada de manera indirecta. (Freud, 1948: 1243). Este temor podría justificarse en la primera de las razones que según Freud incide en la causación de las neurosis: la pronta culminación de la vida intrauterina del hombre, que lo deja

expuesto a la influencia del mundo exterior, con una preparación más precaria que la de otros seres vivos y que lleva, por tanto, a asignar suma importancia a los peligros externos y por supuesto, al objeto que habría de protegerlo de ellos y ayudarle a gestionar la pérdida de su vida al interior del útero. Con esto, se instaura, pues, la necesidad de ser amado, que prevalecerá siempre en el hombre. (Freud, 1948: 1245).

Los aportes de Freud apuntan a concluir que la angustia es “la reacción primitiva a la impotencia” (Freud, 1948: 1251) pero también “la reacción al peligro de la pérdida del objeto” (Freud, 1948: 1252). Esta separación o pérdida puede producir angustia, tristeza o dolor.

Así pues, la primera condición de la angustia, introducida por el mismo yo, es la pérdida de la percepción, la cual es equiparada a la pérdida del objeto. La pérdida del cariño no entra todavía en cuenta. Más tarde la experiencia enseña al niño que el objeto puede permanecer existente, pero hallarse enfadado con él, siendo entonces cuando la pérdida del cariño del objeto pasa a constituirse una condición, ya permanente de peligro y angustia. (Freud, 1948: 1252).

Se entiende entonces que el dolor es la reacción que finalmente se produce ante la pérdida del objeto; la angustia, la reacción al peligro que se asocia a dicha pérdida y la tristeza, el afecto que se produce ante el imperativo de la separación y que llevará a cabo este acto, en los casos en que el objeto tenga una carga muy elevada (Freud, 1948: 1253).

III. ANGUSTIA DE SEPARACIÓN Y CONDUCTAS DE RIESGO

a. Los tiempos de la separación en la vida del sujeto

Se ha dicho que la separación es un proceso que se repite en diferentes episodios de la vida del sujeto. Comienza con el nacimiento, prosigue con el reconocimiento del seno como un objeto externo al propio individuo y se mantiene vigente durante toda la vida del sujeto.

Siguiendo los aportes de Freud (Freud, 1948), en relación con la evolución del sujeto hasta esta fase, puede resumirse que previa consolidación del estadio del espejo, el infante y la madre son uno mismo, siendo ésta una relación anobjetal en la que el sujeto se considera a sí mismo como un ideal, aquel que el autor denomina Yo ideal.

Es este Yo ideal lo que constituye el denominado narcisismo primario, aquel estado en el que el infante mismo responde a la satisfacción del principio del placer. Toda su libido está completamente dirigida al Yo, por lo que adquiere el nombre de libido yoica. Al estar cargado narcisísticamente, el niño asume que todo lo placentero viene de sí, mientras que interpreta que el displacer proviene del mundo exterior. Él mismo crea el objeto, a la par que va expulsando el mundo real.

Para comprender aquí la introducción del concepto de narcisismo y profundizar en su relación con el Yo ideal, es importante hacer varias anotaciones. Frente al narcisismo, es fundamental citar que tras analizarlo en relación con las perversiones y otros estados patológicos, Freud termina por concebirlo como “un complemento libidinoso del egoísmo del instinto de conservación, egoísmo que atribuimos justificadamente, en cierta medida a todo ser vivo” (Freud, 1948).

Por otro lado, Freud parte de dos elementos para explicar el yo ideal: la sobreestimación del yo y la represión, ligados al proceso psíquico del sujeto. Al hablar de la sobreestimación, se refiere a que el sujeto hace del Yo un asunto tendiente a la perfección; irreal: aquello que siente que debe ser y hacer, para ganar el amor del otro y procurarse un estado de completud. Más adelante este Yo ideal se establecerá de manera más directa con la relación que fundará con sus figuras primarias, a las que idealizará. Esto exigirá que el niño responda a las exigencias de aquellos para asegurarse su amor y ser, por ende, idealizado por ellos. Por esta vía, no sólo el narcisismo del

niño se mantendrá nutrido, sino también el de los padres que ven en el infante a un ser inocente y desexualizado.

Todo lo anterior demuestra que la producción de un ideal requiere de grandes exigencias y represión. La represión se origina porque el sujeto está defendiendo el Yo ideal de sus propios deseos, exigencias e impulsos, que pueden ser prohibidos, oscuros. Todo aquello que pueda atentar contra la sobreestimación es rechazado y por tanto, reprimido, de tal modo que la cara oscura del sujeto pueda mantenerse oculta y su relación con el ideal intacta.

Las intelecciones expuestas demuestran que el narcisismo primario es un estado de completud que deja huella. El sujeto siempre querrá alcanzarla, cada vez que aparezca el otro señalando la imperfección. El sujeto lucha para ser perfecto, pero está sujeto al juicio del otro, quien lo define como perfecto o no, manteniendo un estado que se mueve entre la omnipotencia y la impotencia.

Pese a la importancia que adquiere el citado Yo ideal, se requerirán otras instancias para continuar con el proceso de constitución del Yo:

Volviendo al desarrollo del lactante, puede encontrarse que como los tiempos del niño no son los mismos que los de la madre, éste no obtiene siempre la satisfacción de manera inmediata. Impulsado, así por el principio del placer, se ve obligado a alucinar aquello que le proporcionaría la satisfacción deseada y que previamente ha registrado una huella en él. Puede aclararse esto con el siguiente argumento: el seno de la madre ha dejado huella en la boca del niño y al no tenerlo, lo alucina. Se da cuenta, empero, de que esta vía tampoco le proporciona la satisfacción buscada. La frustración experimentada ante esto supone el abandono de la alucinación y empieza a marcar para el niño la distancia que existe entre él y su madre y a determinar, por tanto, el contacto con la exterioridad.

Todos los elementos que permiten que el niño reconozca que el seno no es parte de sí, sino de que se encuentra fuera de él, dan nacimiento al principio de realidad – y por consiguiente al afianzamiento de las actividades de la conciencia - y establecen, a través de la crítica de los padres, de otras figuras primarias y del entorno, el Ideal del Yo: esa instancia que reemplazará el narcisismo primario que el sujeto perdió, y que ahora encarnará un nuevo modelo de perfección. A partir de ahora el sujeto aspirará a este otro ideal para lidiar con la separación y la falta y la conciencia se encargará de velar por que el Yo actual se equipare a lo demandado por el Ideal del Yo.

Es el Ideal del Yo el que permite la transformación del narcisismo primario en narcisismo secundario. Este paso supone que la carga libidinal que estaba puesta en el objeto y que el sujeto percibía como propio se coloca en un objeto externo, pasando de la libido del yo a la libido objetal. Sucede entonces que mientras mayor libido objetal se invierte, la cantidad de libido yoica se reduce. Esto tiene una explicación: no se puede amar al otro sin tener que retirar de la libido propia una carga para dirigir a éste.

En relación con la elección de objeto, Freud, en su texto *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1948), indica que se ama aquello que completaría al yo y lo devolvería a su estado ideal.

A través del recorrido realizado durante este apartado, puede evidenciarse cómo todas las relaciones de objeto tienen como fin el beneficio propio: el sujeto no busca que los otros lo amen, sino amarse a través de ellos. Esto supondría entonces que a través del narcisismo secundario, el sujeto busca recuperar la satisfacción, la completud, la perfección y la sensación de unidad suprema que alguna vez tuvo.

La separación entonces, podría considerarse como un proceso que el sujeto evita durante toda su vida, toda vez que su tendencia es la de regresar a un estado ideal y de completud. No lograrlo le supone enfrentarse con un alto nivel de angustia, la misma que ha experimentado desde su llegada al mundo.

En la denominada “fase del espejo”, (Lacan, 2009) Lacan describe que el ser humano al nacer se encuentra inmerso en un estado de prematuración y desvalimiento, por lo cual requiere del cuidado de otro para sobrevivir. Para ese entonces, afirma el autor, existe una imagen fragmentada del cuerpo, toda vez que el neonato no puede reconocer las diferentes partes de su cuerpo, en relación con los elementos que componen la exterioridad. No ha constituido la imagen de cuerpo como unidad. En un momento posterior de su desarrollo, ubicado entre los 6 y 18 meses, el infante experimenta un gran júbilo al ver el reflejo de su imagen en el espejo. Percibe pues, que es unida y perfecta -, en contraste con la idea de su cuerpo como un algo fragmentado- , tras lo cual se produce en el niño una relación libidinal con la imagen de su cuerpo. La asume como propia, se identifica con ella, toda vez que le produce una sensación imaginaria de dominio. Esta relación narcisista que el niño establece con su propia imagen, además de permitirle hacerse una representación del propio cuerpo y de proporcionarle la posibilidad de entablar una relación de su organismo con la realidad, hace parte fundamental de la conformación del yo: esa instancia que unifica la fragmentación primordial del sujeto y que a partir de entonces puede “habitar” dicho cuerpo y defender al individuo del peligro que representa cualquier impulso de sus instintos.

Lacan afirma que esta identificación es alienante, toda vez que toma como modelo a un Otro, vale decir, a la madre que marcando la diferenciación ante el espejo, señala al niño su deseo: un ideal a cumplir.

Puede concluirse, de la fase del espejo, que con la identificación del niño con su imagen la fragmentación desaparece. El cerramiento que se produce constituye pues, una interioridad y una exterioridad. Con el establecimiento de esta última, el niño termina por comprender que la madre se encuentra por fuera de él, que no conforma junto a él una completud.

Si bien, Lacan se refiere al júbilo que produce en el niño ver su imagen reflejada en el espejo, Dolto (Dolto y Nassio, 2006) afirma que en esta circunstancia puede reconocerse la evidencia dolorosa que implica la castración de ver la distancia que lo separa de su imagen. Nuevamente la separación se hace evidente para el infante y de nuevo la angustia deviene para él. A partir de este momento, la madre se convierte en una suerte de ideal que el niño busca seguir, con la fe de regresar a su estado de completud.

Todos los aportes hasta ahora desarrollados facilitan la comprensión de la ambivalencia del adolescente: ese, que abandonando ahora la infancia se enfrenta de nuevo a una separación radical: de sus padres, de su cuerpo y su rol de infante. Ante esta nueva exposición a la angustia que amenaza con desestructurar la formación psíquica que ha adquirido, el narcisismo le proporciona una vía de defensa, pues le permite adoptar actitudes que enmascaran su temor a la indefensión y al desvalimiento. En palabras de Lillo Espinosa, (Lillo, 2002), los adolescentes presentan en esta etapa “tendencias de pseudomadurez de características maníaco-omnipotentes y narcisistas como una huida hacia adelante ante el temor claustrofóbico de quedar atrapado y anclado en la infancia. Intentan imitar lo que considera que es un adulto y huir así de las tendencias regresivas y de dependencia de los adultos para seguir su desarrollo”.

La separación radical que emprende el adolescente de sus figuras paternas le demanda, pues, alternativas de solución ante su angustia. Ante los desafíos que enfrenta, debe ingeniarse modos que lo convenzan de la capacidad que puede desplegar ante el mundo. En algunos casos, asumir

un el camino del riesgo, podría afianzarle la idea de ser más capaz. Podría intuirse que tentado a reafirmar su existencia a través de sus propios medios, un adolescente podría entender su acercamiento a la muerte como un modo de reinaugurarse psíquicamente; es decir: de este modo, podría plantearse la tendencia a morir como una manera de volver a un origen desde el cual volver a comenzar.

b. Comportamiento del Yo frente a la angustia

En su apéndice al texto *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1948), Freud se refiere a la resistencia como la actividad que busca proteger la represión y expresa que las dilucidaciones elaboradas por el psicoanálisis permiten colegir cuatro tipos de resistencia: la primera es la ya conocida resistencia del yo a la represión. La segunda es la resistencia de la transferencia, que aparece en el análisis. En tercer lugar, se refiere a la resistencia del yo que parte de la ventaja de la enfermedad, incorporando síntomas al yo y por último, la resistencia del superyó. Frente a esta última expresa Freud que se visualiza como la más oscura, que aparentemente tiene su origen en la conciencia de la culpabilidad o en la necesidad de castigo. Agrega que ésta desafía cualquier opción de curación por medio del análisis. (Freud, 1948: 1247).

Cuestionando los avances de su teoría sobre la angustia, Freud indica que las elucidaciones hechas hasta entonces contienen una equivocación. Ante esto indica que la relación que se había entablado hasta entonces entre angustia y libido no armoniza con el carácter general de la angustia como respuesta ante el displacer. Posteriormente explica que sus nuevos desarrollos apuntan a que el yo es la fuente de la angustia.

Para aclarar lo hasta aquí expuesto, indica que la angustia primitiva, la experimentada en el nacimiento, genera el prototipo de un estado afectivo que “se reproducirá automáticamente en

situaciones análogas a las de su origen... o bien el yo adquirirá poder sobre este afecto o lo reproducirá, sirviéndose de él como aviso ante el peligro y como medio de provocar la intervención del mecanismo placer – displacer”. (Freud, 1948: 1248). La angustia entonces adquiere una importancia particular, pues se constituye como la reacción general ante el peligro, que será producida por el yo, de acuerdo a sus necesidades.

Esta referencia a la reacción frente al peligro lleva al autor a definir el término “Proceso de defensa”. Para ello retoma su antiguo concepto de defensa, entendido como “la designación general de todas las técnicas de que el yo se sirve en sus conflictos, eventualmente conducentes a la neurosis” (Freud, 1948: 1249). Aclara con esto, que la represión, considerada hasta entonces como el mecanismo de defensa por excelencia, es sólo uno de estos métodos que constituyen este proceso. Se entiende, pues, como defensa, toda acción utilizada por el yo para protegerse contra sus demandas pulsionales.

De otro lado, las ideas expuestas por Freud en *El Malestar en la Cultura* (Freud, 1930), proporcionan algunos aportes importantes para estudiar otras de las maneras en las que el sujeto se las arregla para alejarse del sufrimiento y por ende, del displacer a que éste conlleva.

En primer lugar, habla Freud de cómo el aislamiento, el distanciamiento voluntario de los demás opera como un método de protección inmediato frente al dolor que pueden desencadenar las relaciones humanas. Su explicación del concepto de narcisismo aporta a la comprensión de esta idea, toda vez que permite dilucidar que el yo es el lugar originario de la libido y permanece como su repositorio. Si bien, cuando esta libido narcisista es dirigida a objetos externos, toma la forma de libido objetal, puede luego transformarse nuevamente en libido narcisista.

Podría aprovecharse lo anterior para describir el comportamiento del adolescente, que obligado a ingeniar modos de lidiar con la situación de duelo y angustia que atraviesa, deposita su libido en su propio yo, quedando de este modo parcialmente aislado de los demás y, por consiguiente, del mundo externo del cual proviene gran parte de su sufrimiento. Ensimismándose logra pues, tolerar parte de la frustración que experimenta ante la idea de perder el amor de sus padres, de sus objetos amados; es así como soporta la ambigüedad que le producen los cambios incontrolables que operan en su cuerpo y su psique y como logra reaccionar frente a las exigencias pulsionales que lo sobrecogen y a las demandas que el mundo le hace, en aras de que se convierte en un futuro adulto. En algunos casos este aislamiento del sujeto para “modificar su realidad” y abrigarse de sus aflicciones puede apoyarse en medios externos a él:

[E]l más crudo, pero también el más efectivo de los métodos destinados a producir tal modificación, es el químico: la intoxicación [...] No sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese “quitapenas” siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad” (Freud, 1930:15).

Es claro que los “quitapenas” facilitan la evasión de los estímulos desagradables, pero también de otras maneras, poco aceptadas, puede valerse el sujeto para alcanzar un cierto monto de bienestar. Por ejemplo, refiriéndose Freud al sentimiento de felicidad que se origina al satisfacer una pulsión sumamente oculta, indómita, que escapa al control del yo, agrega que es mucho más intenso que aquel que se experimenta una vez es saciada una pulsión dominada. “Tal es la razón económica del carácter irresistible que alcanzan los impulsos perversos y quizá de la seducción que ejerce lo prohibido en general” (Freud, 1930:16). Podría pensarse que la conducta de riesgo tiene quizá, esa connotación de lo prohibido, especialmente por tratarse de aquello que insta a la propia muerte o pone al sujeto en una condición de arriesgar su existencia. Una clara ilustración de esto podría

proporcionar el estudio de las conductas sexuales de riesgo en adolescentes, en las que las demandas pulsionales del sujeto, que se conjugan con la eclosión misma de la adolescencia, lo empujan a buscar en el terreno “prohibido” del sexo una descarga, un monto de adrenalina, aún bajo maneras que claramente comprometen su vida: el intercambio físico con diferentes parejas, a través de juegos sexuales como “el carrusel” o “el juego del arco iris”, en los que el coito o las felaciones son practicadas bajo una suerte de azar y con un sentido de competencia que busca reivindicar entre el grupo la virilidad de los hombres y la capacidad de seducción de las mujeres.

Se ha intuido pues, que las conductas de riesgo operan como defensa ante la angustia que padece el adolescente, en el proceso de separación de sus padres. Al respecto, ha sido dicho que éste experimenta sentimientos de indefensión, de temor frente a la pérdida de su protección y dependencia. Estas palabras de Freud servirían comprender el porqué de este temor: “jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido del objeto amado a su amor”. (Freud, 1930:18).

Es por lo anterior que el psicoanalista indica que “lo malo es originalmente aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor; se debe evitar cometerlo por temor a esta pérdida” (Freud, 1930:50). Un apunte adicional, que cobra sentido a esta altura es el que indica que no existe en el sujeto una facultad innata para distinguir entre lo bueno y lo malo. Esto último no necesariamente es aquello que supone un peligro o un daño para el yo, sino lo que éste desea porque considera que le proporciona placer; aquello que de algún modo satisface su pulsión.

Es prudente cerrar este apartado aclarando que si bien se ha equiparado la conducta de riesgo con un “modo de defensa” del adolescente, la connotación que se le da en este trabajo dista de la denominada por Freud al referirse al “mecanismo de defensa”. Ceñirse a esta última implicaría hacer un viraje teórico indeseado para los propósitos de este trabajo.

c. La angustia de separación como catalizador del riesgo

Le Breton afirma que lo que busca el sujeto al ponerse en peligro es cuestionar simbólicamente a la muerte para garantizar su propia existencia (Le Breton, 2013). Intenta vivir, más que morir.

Esta afirmación evidencia la necesidad de explorar qué cercanía existe entre la angustia y la exposición al riesgo y cómo a través de éste puede solucionarse la primera. Una respuesta puede encontrarse en los aportes de Jaramillo, quien asegura que “existe una íntima relación entre la angustia y la exposición al riesgo: sobrepasar los límites de lo que uno es capaz física y mentalmente, que implica una exigencia del cuerpo hasta límites impensables, hasta esferas donde se pierde el cálculo de cuánto se puede aguantar” (Jaramillo, 2009: 90). Otra opinión que se suma a la citada es la de Stubrin, quien al estudiar el actuar sexual compulsivo, afirma que existe un mecanismo entrópico entre la angustia y la erotización. Para él, ambos elementos se motivan entre sí. “A más angustia, más erotismo (y deseo) y cuanto mayor es el monto de erotismo, se genera más angustia, lo que vuelve a poner el circuito en movimiento” (Stubrin, 1993).

Las afirmaciones anteriores conducen a indagar la manera en que angustia y riesgo entran en juego en el terreno del adolescente. En el caso de éste, ¿qué deviene primero: la conducta de riesgo o la angustia? Se plantea la siguiente solución: primero llega la angustia. Ésta es propia del adolescente que se encuentra inmerso en un proceso de separación de sus referentes primarios, que lidia con la metamorfosis que implica su pubertad y que se muestra ansioso de hallar su propio deseo. Emprende entonces una búsqueda, motivada por un sentido oculto y desconocido, que no sólo lo divide, sino que le presenta el riesgo como una vía de encuentro con este deseo.

Dicho de otro modo, este sujeto que durante su niñez ha tenido a sus padres como objeto de su amor y su libido, empieza a retirarles toda carga libidinal para encontrar sus propios objetos de

deseo. Dado que no puede hallarlos de inmediato, dicha energía queda sin asidero, lo que genera un gran monto de angustia.

De otro lado, es claro que las transformaciones típicas de la adolescencia implican cambios importantes para el sujeto: el paso del cuerpo de niño al del adulto, cuerpo del que tendrá que apropiarse, que estará expuesto a la mirada del otro y transversalizado también por el mundo externo; por sus demandas y sus discursos. Cuerpo éste que ahora se ve atravesado por la irrupción del impulso sexual. La pulsión, que se mantenía bajo el imperio de la represión retorna ahora amenazante, incontrolable. El adolescente que no posee un elemento externo para regularla, ni formas lógicas para lidiar con ella, se ve obligado a encontrar maneras de luchar con todo el displacer que se encuentra en su camino. Esta última afirmación lleva a pensar que existe en el sujeto adolescente un encadenamiento en el que la pulsión genera la angustia y ésta lleva al riesgo como búsqueda de satisfacción.

Se hace necesario entonces, comprender cómo es que con frecuencia, los adolescentes, viven la separación de sus padres como una experiencia dolorosa. Asegura Gringberg (Aberastury y Knobel, 1999: 54). – citado por los Aberastury y Knobel- que mientras ésta se desarrolla y se realiza el duelo por dichas figuras, se configura en el sujeto un “sentimiento anticipatorio de ansiedad y depresión referida al yo”, que lo lleva a aferrarse a cualquier figura identificatoria que le facilite el sentimiento de completud.

Lo anterior podría resumirse en la siguiente hipótesis: la angustia de los procesos de separación y la fuerza de la pulsión sexual generan un gran monto de displacer. El adolescente que incurre en conductas de riesgo, lo hace en aras de deshacerse de aquél.

IV. CONDUCTA DE RIESGO Y PULSIÓN

Dice Freud que “en el peligro real desarrollamos dos reacciones: la afectiva, o sea la explosión de angustia, y la acción protectora” (Freud, 1948: 1250).

Partiendo de esta idea, podría inferirse que de algún modo, la conducta de riesgo es una medida que busca proteger al sujeto del aturdimiento absoluto de la angustia que podría llevarlo a la solución más radical: la muerte.

Podría tratar de comprenderse el mecanismo con el cual operaría el adolescente, en este caso, si se le compara con la narración hecha por Freud en Inhibición, Síntoma y Angustia, respecto al niño que juega con el carretel. Narra, pues, el caso de un niño de 2 años que tiene una relación afectuosa con su madre y que sorprende por su actitud, aparentemente tranquila, cuando debe desprenderse de ella. El infante tiene como costumbre realizar el siguiente juego: lanza un carrito, amarrado a un carretel, haciéndolo perder tras su cuna. Una vez desaparecido dice: “o-o-o-“, expresión que sus cuidadores interpretan como “se fue” y luego lo hace aparecer, a la par que menciona “da”, que significa “aquí está”.

Freud intuye que no es posible que la despedida de la madre sea agradable o indiferente para el niño. Concluye pues, que con la repetición de su juego, éste logra un cierto dominio de la sensación desagradable que le produce la separación de su progenitora. El niño hace, pues, que la repetición de la experiencia displacentera en el juego le proporcione una ganancia directa de placer. A partir de este análisis, el autor hace una comparación entre la compulsión de repetición y la conducta del niño, como vías para ejercer un cierto control de determinadas impresiones desagradables.

Afirma Freud que es por medio de la repetición que se entiende que algo está pasando a nivel inconsciente y que ello está del lado de la represión. Se repite aquello que no se recuerda, sin que exista voluntad en este acto. Este texto permite comprender, pues, que cuando se trata de la

compulsión de repetición, el sujeto no puede resistirse a la reproducción de su acto; es inconsciente. Se comporta de este modo, aun cuando esto le produzca daño. Se deduce entonces, que esta operación es más primitiva y pulsional que el principio del placer y que lo que se repite está del lado de la pulsión.

Finalmente, la compulsión de repetición tiene como propósito “llenar” la pulsión, resolverla, aunque sin mucha posibilidad de elaboración. La repetición siempre es fallida porque la angustia que experimenta el sujeto, como producto de la pulsión que lo invade, no se resuelve. Es un intento en el que ésta no alcanza la satisfacción. Si bien, en el acto queda la sensación de alivio y dominio, la pulsión, que queda marcando una gran excitación interna, vuelve a reclamar su satisfacción, su descarga, poniendo en marcha un movimiento circular que lleva al sujeto a reiterar su comportamiento. Producto de lo anterior, queda expuesto a un placer incierto.

Lo hasta aquí desarrollado proporciona pistas que permitirían comparar la conducta de riesgo con el síntoma: ambos terminan siendo “mecanismos” defensivos del yo frente a la angustia. En el caso del adolescente, esta angustia proviene, como lo indica el autor, del doloroso proceso de crecer; de todo el peligro que se halla implícito en la adquisición de su libertad, es decir, en la separación de sus padres. Según aquél, los peligros internos pueden adquirir para el sujeto una mayor magnitud que los externos, de modo que sólo aquello que es convertido en algo interno ingresa a la serie placer – displacer. Sucede, pues, acontecimientos que no cuentan con una previsión psíquica desbordan la capacidad de acción y de defensa del sujeto, hacen que el principio del placer quede por fuera, quedando más allá de él.

De este modo, la pulsión, estímulo ingobernable proveniente del interior, desborda al sujeto, que carece de un dispositivo de defensa; lo angustia. En la medida en que la serie placer – displacer no

se activa para facilitar una tramitación de las sensaciones que experimenta, el sujeto queda invadido por la pulsión y la angustia.

Una vez que la pulsión adquiere una magnitud tan grande, el principio de realidad y las pulsiones de conservación resultan siendo incapaces de aplazarla. El sujeto queda enteramente expuesto a la aquella, con los consecuentes daños que esto puede traer. Es por esto que incurre en la conducta de riesgo, toda vez que la encuentra como vía para gestionar la angustia excesiva que lo amenaza.

V. CONDUCTA DE RIESGO Y SUPERYÓ

En 1923, mediante el texto “El Yo y El Ello”, Freud define al Yo como una “organización coherente de los procesos anímicos en una persona” (Freud, 2012: 18). De éste dependen funciones tan importantes como la conciencia, el control de la motilidad y la represión de ciertas aspiraciones anímicas que deben mantenerse lejanas a la conciencia. Afirma el autor que puede ubicarse en el yo una esfera de carácter inconsciente, que tiende a realizar un trabajo particular para lograr la exteriorización de efectos intensos que no devienen conscientes, del mismo modo en que lo hace lo reprimido. La observación de este fenómeno le hace concluir que existe una “oposición entre el yo coherente y lo reprimido escindido de él”. (Freud, 2012: 19).

Posteriormente, es aclarado que tanto los sentimientos y sensaciones que se perciben desde el interior, como las percepciones provenientes del exterior, tienen un carácter consciente. Pero, de otro lado, existen representaciones y procesos anímicos inconscientes, que por su alta intensidad pueden hacerse sentir en la vida anímica y generar consecuencias en ésta. Se requiere que éstas lleguen al sistema percepción para que puedan devenir conscientes. Aunque el autor pone como ejemplo el dolor, refiriéndose a éste como un punto medio entre los estímulos externos y las

percepciones internas, podría afirmarse que pertenece también a esta categoría la angustia que experimenta el adolescente, el displacer que no comprende, mas lo invade y lo empuja a un accionar que exprese aquello que se le imposibilita comunicar a través de la palabra.

En un momento posterior de su escrito, Freud se adentra en el estudio de las relaciones existentes entre el Yo, el Ello y el Superyó.

En relación con las dos primeras instancias, expresa que el Yo es un sector modificado, más organizado del ello. Explica que cuando se traspone una elección erótica de objeto en una alteración del yo, éste se procura una vía para profundizar su relación con el ello y controlarlo. Este camino implica que el yo adquiera cierta sumisión ante el ello, y se le muestre como un objeto de amor al que aquél – el ello- pueda adherirse. (Freud, 2012: 32). Podría inferirse que ésta es una dinámica que se encuentra presente en el desarrollo del adolescente, ese que habiendo emprendido una desinversión de sus objetos amados – los padres-, centra su energía en su propio ser; ese que es el territorio de una fuerte demanda pulsional y de múltiples ambivalencias. Así pues, este sujeto, que debe empezar a adolecer, tal como lo demanda su crecimiento, se convierte él mismo en fuente y destino, en pleno territorio del ello, que el yo procura conquistar.

En cuanto refiere a la relación con el superyó, empieza por definir que éste tiene su génesis en el desvalimiento y la dependencia del sujeto durante su infancia y en el complejo de Edipo, tras el cual, se produce una identificación con el padre. Una vez se establece, mantiene el carácter de aquél. Empero, la intensidad con que se comporta una vez adquiere la calidad de conciencia moral o de sentimiento inconsciente de culpa sobre el yo, tiene una relación directa con la manera en que se hayan experimentado el complejo de Edipo y su respectiva represión –es de anotar que ésta se genera bajo la influencia de la religión, la educación, la autoridad, etc. (Freud, 2012: 36). Al respecto afirma Freud: “si el yo no logró dominar bien el complejo de Edipo, la investidura

energética de este, proveniente del ello, retomará su acción eficaz en la formación reactiva del ideal del yo” (Freud, 2012: 40).

Dado que el yo se encuentra altamente ligado al ello, ambos están expuestos a la influencia de las pulsiones. No obstante, sucede que el superyó tiene también una alta incidencia sobre el primero, en tanto goza de la posibilidad de domeñarlo y confrontarlo, de comportarse frente a él de manera categórica.

El superyó, dice el autor, “mantiene una duradera afinidad con el ello, y puede subrogarlo frente al yo. Se sumerge profundamente en el ello, en razón de lo cual está más distanciado de la conciencia que el yo” (Freud, 2012: 49 -50). Esta instancia opera frente al yo como fuente de crítica y conciencia moral. Por este motivo, cuando se presenta un conflicto entre yo y superyó, aparece en el sujeto el sentimiento consiente de culpa. No obstante, existen casos en los que el individuo experimenta un sentimiento de culpa que es de carácter inconsciente. Las observaciones, expresa el autor, evidencian que un aumento de aquél puede generar una mayor tendencia a la delincuencia en el sujeto. Al respecto, indica que en muchos delincuentes jóvenes, puede notarse la existencia de un sentimiento de culpa que radicaba en su ser antes del delito, por lo cual éste se comete como búsqueda de un acto que dé sentido al sentir del sujeto. Así pues, el sentimiento inconsciente de culpa termina siendo la causa, no el efecto del delito.

Con todo esto, puede deducirse que el superyó es libre frente al yo pero posee conexiones importantes con el ello inconsciente, pues es de este último de donde adquiere la energía para hacer sus inversiones.

Queda por deducir cómo es que el superyó puede arrojar tal nivel de crítica, dureza y severidad hacia el yo, que produzca en éste un sentimiento de culpa.

Para dar explicación a lo anterior, Freud busca una respuesta en la melancolía, ese estado en el que el superyó se despliega severamente sobre el yo, descargando en él toda la capacidad destructiva que se encuentra en el sujeto. En este caso, del superyó emana la pulsión de muerte que es cruelmente dirigida hacia el yo. Esto sucede, debido a que el sujeto está inmerso en un conflicto del que no es consciente: el ello carece de moral, el yo procura tenerla, mientras que el superyó puede alcanzar tan elevada moralidad, que puede terminar por convertirse en una instancia tan cruel como su opuesto: el ello. Agrega el autor:

[E]s asombroso que el ser humano mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo – y por ende más agresivo – se torna en su ideal del yo [...] Mientras más un ser humano sujete su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo. Es como un descentramiento (desplazamiento), una vuelta (revolución) hacia el yo propio. Ya la moral normal, ordinaria, tiene el carácter de dura restricción, de prohibición cruel. Y de ahí proviene, a todas luces, la concepción de un ser superior inexorable en el castigo (Freud, 2012: 54 – 55).

En relación con este sentir inconsciente, es importante señalar que también en el escrito “El Malestar en la Cultura” de 1930, Freud se refiere a éste. Afirma que el superyó se origina de la introyección de la agresión que, si bien pertenecía originariamente al yo, el sujeto había depositado en el mundo exterior. Así pues, opera haciendo las veces de conciencia, descargando contra el yo la misma agresividad que éste hubiera desplegado hacia otros. Termina esta idea refiriéndose a la tensión que se genera entre el severo superyó y el yo, que se encuentra bajo sus demandas. Denomina dicha tensión como “sentimiento de culpabilidad”, explicándola como un sentir inconsciente que denota la angustia y el temor a la pérdida del amor y que se expresa bajo una necesidad de castigo. Así, mientras más grande sea el despliegue de la pulsión, y a mayor angustia frente a la pérdida del amor, mayor es la punición del superyó.

Se conoce, pues, que el yo percibe las pulsiones y se mueve entre la posibilidad de dominarlas, obedecerlas o inhibirlas. Para lograr su cometido, depende en gran medida del superyó, que se

constituye, de cierto modo, como una instancia que reacciona en contra de los procesos pulsionales que se generan en el ello.

El trabajo del yo no es simple, puesto que le es difícil mantenerse imparcial ante las pulsiones de vida y de muerte. Más bien, tiende a procurar una debida atención a las últimas, con la intención de dominar la libido, con lo cual corre el peligro de ser él mismo el objeto de las pulsiones de muerte y ser arrasado por éstas. (Freud, 2012: 57).

Puede concluirse entonces que el yo es un vasallo no sólo del ello y de las pulsiones que provienen de él, sino también del superyó. Para Freud, la relación de sumisión con este último es de gran importancia, pues afirma que entre el yo y el superyó se juega la angustia de muerte (Freud, 2012: 58).

Para explicar lo anterior, es necesario recordar que el yo es el lugar de donde proviene la angustia. Por su parte, el sentimiento de angustia de muerte puede producirse cuando existe la inminencia de un peligro interior o cuando se producen procesos internos como la melancolía. En este último caso, sucede que el yo queda abatido, toda vez que se siente acosado y odiado por el superyó. Dado que el superyó ofrece la misma función de amor y protección que proporcionaba el padre, el yo queda expuesto a la angustia que le produce saberse abandonado por su instancia protectora. Si amor y vida tienen para el yo la misma connotación, al perderlos, le queda pues, dejarse morir.

Para concluir, el psicoanalista expresa que es evidente cómo bajo este estado se experimenta la misma angustia que ha vivido el sujeto en otros momentos de su existencia: tras la angustia del nacimiento, y el temor por la separación de la madre.

Los aportes expuestos por Freud en este texto, permiten dar una mirada al problema de las conductas de riesgo en adolescentes, esta vez desde la incidencia del superyó. Del mismo modo

en que el escritor afirma la existencia de un sentimiento inconsciente de culpa que antecede ciertos actos delictivos, puede inferirse que este mismo sentir motiva a ciertos sujetos a coquetear con el riesgo, aun cuando éste implique cierta posibilidad de morir.

Todo lo anterior podría explicarse del siguiente modo: la conducta de riesgo sería una vía para resolver un conflicto psíquico del adolescente. El drama de la separación lo invade, pues desea adquirir autonomía pero tiene el temor de perder a sus protectores: se siente angustiado y se acusa a sí mismo por el hecho de dejarlos. De otro lado, es sabido que el complejo de Edipo sufre una actualización durante la adolescencia, de modo tal que el adolescente, que ahora se siente motivado por su crecimiento y por la irrupción de la sexualidad, despliega una hostilidad renovada hacia el padre. Ese a quien ahora siente que puede combatir. Todo este entramado engendra en el joven el sentimiento inconsciente de culpa que antecede al acto de riesgo.

Al panorama anterior debe sumársele el hecho de que el adolescente está invadido por la pulsión, por la sexualidad que acomete con potencia renovada y que lo acosa. Hay en él una hipersexualización, pero al mismo tiempo, un gran nivel de hostilidad y de agresión que desconoce cómo enfrentar.

Ante tal despliegue pulsional, es decir, ante tal expresión del ello, el superyó de este adolescente actúa de manera radical: adquiere también fuerzas nuevas con las que procura ejercer su rol regulador, aun cuando su acción deba ser implacable. Castiga pues, al sujeto, martirizándolo con la culpa y amenazándolo con su destrucción. En palabras de Gómez: "... confirma Freud que el motor de la formación de síntomas es "la angustia del yo frente a su superyó. La hostilidad del superyó es la situación de peligro de la cual el yo se ve precisado a sustraerse" (1925: 121), aquí el peligro está interiorizado". (Gómez, 2015: 64). Dado que el autor considera el sentimiento

inconsciente de culpa es de carácter estructural y se manifiesta como necesidad de castigo: ese empuje mudo que busca el castigo, pero que no pasa por la conciencia.

Es aquí, pues, donde se radicaliza el conflicto del adolescente: se encuentra en un estado de duelo por la pérdida de su cuerpo, su identidad infantil y los padres de su infancia. Experimenta no sólo la el desafío de la pulsión, sino también la de un superyó por el que se siente odiado, repudiado y que instala en él la angustia de muerte. Dado que diversas fuerzas amenazan con desestructurarlo, no le queda más que lanzarse al vacío, en busca de algo que apacigüe su sufrir.

En conclusión, la conducta de riesgo podría tener una doble connotación, si se le analiza desde la vertiente del superyó: por un lado, tiene una connotación punitiva, toda vez que es un acto que da “cuerpo” al sentimiento inconsciente de culpa que se engendra en el sujeto, tras emprender dicho proceso de separación; responde pues, a una tendencia al autocastigo, engendrada por aquella instancia reguladora. Por otra parte, sería una vía para desalojar el monto excesivo de pulsión que experimenta el joven, pero también, un modo de romper temporalmente con la puja en que se enfrentan ello y superyó y frente al que el yo teme salir herido.

Dice Le Breton que “las conductas de riesgo traducen la búsqueda vacilante y dolorosa de una salida. Pero, simultáneamente, son maneras de forzar el pasaje, rompiendo el muro de impotencia experimentado frente a una situación. Dan testimonio de la tentativa de salir de ellas, de ganar tiempo para no morir, para seguir viviendo todavía (Le Breton, 2014: 101). Piensa además que las acciones de un adolescente son la evidencia del grado de confianza que posee en sí mismo y en sus recursos para salir al mundo y que el sufrimiento se constituye como “confusión del sentimiento de identidad”. Para evitar su vulnerabilidad, requiere de límites que puedan ser impuestos por sus padres o por adultos que puedan ayudarlo a encontrar un horizonte y a diferenciar entre sus fantasías y lo real (Le Breton, 2014: 96).

VI. CONDUCTA DE RIESGO: ¿REINVENCIÓN O LLAMADO?

El estudio de la conducta adolescente devela que “la angustia lleva al sujeto desde la inhibición hasta la impulsividad”. (Gómez, 2015: 53). Afirma Gómez que la respuesta de los adolescentes ante la angustia se refleja a través de la descarga motriz (Gómez, 2015: 56). A propósito de su estudio de las conductas de riesgo en esta población, la misma autora trae a colación la palabra “*Niederkommen*”, utilizada por Freud, en el estudio de uno de sus casos como un “arrojarse al vacío, dejarse caer como forma desmedida de angustia”. El *Niederkommen*, sería pues, lo que queda ante la presencia absoluta de la angustia que genera un sentimiento de desamparo tal, que no deja posibilidad de asirse a nada (Gómez, 2015: 80). Más adelante, Lacan formuló los conceptos del *acting out* y el pasaje al acto, como vía para esclarecer aquellas situaciones en las que el sujeto enmudece ante la fuerza de la angustia, de tal modo que no le quedan palabras sino actos para expresarla.

Es pertinente pues, ampliar las consideraciones alrededor de cada uno de estos conceptos y pensar si la conducta de riesgo podría enmarcarse en uno de ellos.

Miller manifiesta que todo acto devela un ¡No!, que se dirige al Otro. No obstante, establece una diferencia importante entre el *acting out* y el pasaje al acto: el primero requiere siempre de un público, de una escena que da contenido y significado al acto mismo. En el segundo, en cambio, esta escena desaparece y se produce un vaciamiento del sujeto. Dice este analista que el sujeto está, circunstancialmente, muerto. Así pues, “será él, muerto, quien mirará a los otros y les planteará su pregunta, y les hará sentir el porqué de su mirada” (Miller, 2012). Es decir, previo al pasaje al acto, puede decirse que el sujeto se encuentra psíquica y subjetivamente muerto; hay en él un vaciamiento previo para proceder luego con un borramiento radical. Otra diferencia que puede establecerse al respecto radica en la manera en que puede manifestarse la angustia en uno u

otro: en el *acting out*, la angustia proporciona ciertas señales al sujeto, mientras que en el pasaje al acto no puede reconocerla ni comprenderla.

Lo anterior amerita un estudio más detallado:

El pasaje al acto suele concebirse como aquel momento en que una angustia desbordante lleva al sujeto a la pérdida total de significante y de respuesta simbólica, y por tanto, a la incapacidad de responderse quién es. Un claro ejemplo de éste es el suicidio, esa anulación absoluta del sujeto, el paso que marca su inexistencia.

Flórez y Gaviria (Flórez y Gaviria, 2013) expresan que el pasaje al acto tiene un valor para quien lo ejecuta, dado que

[P]or más paradójico, contradictorio e incierto que aparezca, define a posteriori al sujeto que actúa, lo deja encadenado a ese acto que le da, siempre posteriormente un nombre, un estado civil, un signo imaginario, una marca [...] el sujeto relata sus actos y proezas porque él es alguien a partir de esos pasajes al acto, que lo enlazan a un orden imaginario, en una relación y reconocimiento del otro. El sujeto a través de su acto es reconocido por su grupo, en el barrio, o incluso por la ley que convierte el acto en una huella indeleble que ya no lo abandonará., es su “chapa” de identificación” (Flórez y Gaviria, 2013).

Las mismas autoras utilizan las palabras de Guibelalde: *“Si algo en el acto se apuesta, es algo esencial de sí mismo: su vida, su libertad, su destino”*. Con ello, explican el pasaje al acto como un momento en el que el sujeto no razona, sino que incurre en una acción bajo la incerteza absoluta de sus consecuencias. En estas circunstancias no es el pensamiento, sino el acto lo que rige al sujeto; por ende, no hay en él la menor expresión de duda. Lo que puede observarse en el pasaje al acto es que suele estar precedido un nivel excesivo de angustia y es, por tanto, un modo radical de deshacerse de ella.

Miller expresa que el verdadero pasaje al acto, el más radical, es el suicidio. Cuando éste se produce, el vínculo con el otro ha desaparecido completamente. No obstante, sucede que cuando el pasaje al acto falla y la certeza de muerte que se había planteado el sujeto queda estropeada, éste “renace”: a partir de ese entonces, en el que el sujeto “se ha matado”, la vida recobra un sentido (Miller, 2012).

El *acting out*, en cambio, es “un acto siempre impulsivo, un actuar que se da a interpretar, se manifiesta de manera inconsciente y exigente para que el otro lo descifre. Es una forma de la demanda sin palabras, escenificada, se trata de un dar a oír a Otro que se ha vuelto sordo” (Gómez, 2015: 88). En este sentido, aquello que el sujeto no puede decir, es presentado ante el Otro, para que éste ayude a descubrir su significado. Dado que la motivación – la causa - al *acting out* es de carácter inconsciente, se entiende que éste se encuentra del lado de la repetición, de lo reprimido.

Para Lacan “el *acting out* es esencialmente algo, en la conducta del sujeto, que se muestra” (Lacan, 1962: 136). En otras palabras, el *acting out* puede concebirse como un acto cuyas consecuencias están ciertamente medidas, que es presentado a través de una escena, es decir, frente a otro que si bien puede ser el destinatario del mensaje que porta dicho acto, es también un posible salvavidas, en el sentido de que podría mantener a salvo al sujeto, si algo en su actuar fallara. Puede afirmarse pues, que es un llamado, una demanda al otro, con quien no se ha roto la relación. Es claro que en este comportamiento el cálculo del riesgo está medido, puesto que si algo llegara a fallar en el accionar del sujeto, el resultado sería el borramiento del otro, lo cual implicaría una eliminación del vínculo con aquel que se supone receptor del mensaje que porta el suceso.

Ahora bien, las elucidaciones previas proporcionan una claridad general en relación con el *acting out* y el pasaje al acto, pero ¿podrían las conductas de riesgo del adolescente enmarcarse en una de estas categorías? Existe un motivo para afirmar que no, pues al asumir la conducta de riesgo, el

adolescente desconoce el riesgo real al que se expone, lo minimiza y, por supuesto, desestima a la muerte misma. Existe pues, un claro desconocimiento del desenlace que puede tener su comportamiento, una medida de ingenuidad, que permitirían ubicar este fenómeno como un recurso que emplea el joven para clamar al Otro una mirada que calme su angustia. No es un acto que calcula su borramiento ni su protección. Es más bien una especie de comprobación del sujeto, de su autodeterminación, atada a un monto de incertidumbre, en la que el sujeto actúa, por encontrarse desprovisto de palabras.

Los adolescentes tienen la tendencia a actuar, dada su escasez de recursos psíquicos para afrontar las vicisitudes que les plantea la vida. Con frecuencia, recurren al cuerpo como vía para expresar su sentir, por ser éste la manera más próxima en la que pueden representarse. Con esto, logran un cierto dominio sobre su angustia y sus sentimientos de impotencia. Una conducta de riesgo que puede ejemplificar lo hasta aquí expuesto, es el *cutting*, una práctica en la que un sujeto se produce continuamente cortes superficiales en su piel, no con el propósito de atentar contra su vida, sino con la intención de liberar un gran monto de angustia. Quienes lo practican, expresan que les proporciona una pacificación ante el malestar subjetivo que los agobia. He pues ahí, un modo de apaciguar el dolor psíquico, a través de un cierto sufrimiento del cuerpo.

Le Breton, quien ampliamente ha estudiado el tema de las conductas de riesgo, afirma que “son ritos íntimos de contrabando que apuntan a fabricar sentido para seguir viviendo. En oposición a los pasajes al acto, son a menudo “**actos de pasaje**”” (Le Breton, 2014: 101). Para él, son la manifestación de que el adolescente vive un presente en el que está desprovisto de futuro; son intentos dolorosos de huida, “maneras de forzar el pasaje rompiendo el muro de impotencia experimentado ante una situación” (Le Breton, 2014: 101).

Es pertinente, pues, ubicar las conductas de riesgo como “actos de pasaje”, momentos muchas veces transitorios, de consecuencias inciertas, con los que el adolescente elabora, sin saber, su propio llamado al Otro; formas ambivalentes de negar su sufrimiento, mostrar empoderamiento y control sobre sí mismo, pero a la vez, de dejar salir gritos mudos de impotencia frente a su desvalimiento, su angustia y su sentimiento de inferioridad.

De algún modo, el adolescente que, a través de la conducta de riesgo, se pone cercano a la muerte, apela no sólo a un renacimiento, sino también al cuidado y la protección perdidos. Pareciera, pues, que de manera inconsciente buscara ponerse en una situación de vulnerabilidad que motivara el cuidado de los padres que ahora percibe distantes. No en vano, afirma Le Breton que:

[U]na dolorosa voluntad de perturbar las rutinas familiares, de expresar el desamparo, de provocar un apoyo y ser reconocido como un ser “existente” lo anima. A menudo, el joven se busca e ignora lo que persigue a través de estos comportamientos de los que sin embargo ve hasta qué punto perturban su entorno y lo ponen en peligro. Pero tiene la necesidad interior de proseguirlos mientras no haya encontrado respuesta a su desamparo o hallado en su camino un adulto que lo detenga y le suministre deseo de crecer. (Le Breton, 2014: 100-101).

Apunta también el autor que al exponerse al peligro se pretende sacar de sí lo doloroso para hallar la calma, mientras que “la muerte, simbólicamente superada es una forma de contrabando para fabricar razones de ser”. (Le Breton, 2014: 103).

TIEMPO DE CONCLUIR

Es tiempo de concluir, y es preciso, pues, recapitular.

Remitirse a la adolescencia implica pensar en un camino que se labra en medio de vicisitudes y conflictos. Es éste un proceso de fractura y reconstrucción. Los cambios que experimenta el cuerpo y aquellos que se producen en la psique, hacen del adolescente un trozo de arcilla, fresco para moldear.

Un acercamiento a quien transita por este proceso, permite discernir que en entre la magia que representa su recorrido por esta vía, se camufla un dolor que cimienta la identidad. Adolece porque es éste el precio de adquirir una nueva constitución como sujeto.

No en vano decía Harlan Coben que la adolescencia es una guerra de la que nadie sale ileso. Este proceso remite a una crisis en la que se duelan aspectos relevantes de la vida infantil: la condición de niño, el cuerpo ágil y libre de tan dichosa edad y los padres amados, protectores. La fantasía del ideal se ve enfrentada a la crudeza de la realidad, esa que pone al sujeto de cara con su capacidad para afrontar el mundo. El joven que anhela crecer para echarse la vida al hombro, se ve abrumado ante su inminente escasez de recursos para asirse a éste. Queda flotando pues, entre la omnipotencia y la impotencia, entre la dependencia y la independencia, entre el deseo y el temor. La autonomía, tan deseada, se torna displacentera, amenazante. Los procesos físicos, pulsionales, psíquicos y relacionales que se gestan en este sujeto “en construcción”, producen un gran monto de angustia. Madurar entonces se convierte en un reto, más que en una experiencia apetecida.

La mudanza de piel que atraviesa el adolescente es pues, un proceso ciertamente displacentero, agobiante. Es necesario para él buscar salidas que le procuren lidiar con la sensación de confusión, desvalimiento y desamparo; esas señales de angustia que amenazan con desestructurar la

formación psíquica que ha adquirido. Se enmascara, entonces, tras fantasías de coraje y valentía que lo llevan a minimizar su noción de riesgo y a explorar, por esta vía, alternativas que le permitan deshacerse de la inmensa tensión que lo invade y por consiguiente, reivindicar su capacidad frente al mundo. El adolescente que expone su vida a través del riesgo, no busca más que un descargar, un renacer.

Una inquietud que orientó las primeras líneas de este trabajo rondaba en torno a si un sujeto que incurre en conductas de riesgo es más angustiado. Se formuló, pues, una primera hipótesis: las conductas de riesgo son una vía para defenderse de la confusión que experimenta el joven. Fueron exploradas, luego, tres vías para estudiar la consistencia de esta afirmación: la de la angustia de separación, la de la pulsión y la del superyó.

Se definió la angustia como una reacción de carácter primitivo frente a la impotencia y frente al peligro de perder un objeto. Teniendo en cuenta que su arquetipo es el nacimiento, ese momento en el que se produce la primera separación entre el niño y la madre y se experimenta por primera vez el desvalimiento, pudo comprenderse que si bien, el temor a la separación y a la pérdida del amor se encuentran presentes en toda la vida de un sujeto, en el adolescente, se intensifican. Pese a que guarda un gran anhelo de autonomía, se siente contrariado por tener que abandonar a los padres de su infancia, por perder su amor y protección. En este sentido, la angustia lo invade, dejándolo en un limbo, en un estado inquietante frente al que algo debe hacer, incluso cuando esto traiga consigo un daño, cuya magnitud aún es incapaz de estimar.

De otro lado, la pulsión, esa demanda imponente e ingobernable, invade al adolescente con fuerza excesiva. La experimenta como una amenaza que podría desintegrarlo y que lo obliga, de algún modo, a ingeniarse maneras de tramitarla. El sujeto puede entonces quedar expuesto a daños, pero debe deshacerse del peligro interior que, nuevamente, lo colma de angustia.

Si la pulsión, que proviene del ello, se debate de forma desaforada en el sujeto, es porque esta instancia opera con una potencia inmensa dentro de él. Para hacer contrapeso y regular de algún modo aquello que desenvuelve en el interior del sujeto, el superyó – ese representante de la ley y de la regulación- se levanta como fuerza opuesta y actúa con el mismo ímpetu con que lo hace el ello. Dado que el yo se encuentra en medio de estas dos potencias y que opera como vasallo de ambos, el adolescente experimenta la inminencia de un conflicto psíquico que se levanta como amenaza. La angustia de muerte emerge entonces porque el yo teme perder el amor del superyó y desatar, por ende, su ira. De otro lado, el adolescente, que se debate entre las vicisitudes del crecer y su deseo de independencia, puede llegar a sentir un sentimiento inconsciente de culpa, producto de la hostilidad que despliega hacia la figura de su padre, y a la ruptura que elabora con sus figuras ideales. Este sentir, puede llevarlo a buscar maneras de castigo que den cuerpo al sufrimiento que el superyó desea imponerle al sujeto. Nuevamente, puede concluirse que el riesgo puede ser el nombre que lleve este castigo.

Es evidente que el conflicto adolescente va mucho más allá de lo que podría imaginarse. Aunque las conductas típicas de esta edad tiendan a ser paradójicas ante la mirada del adulto, que las lee como simples manifestaciones de rebeldía o exceso, su significado es más profundo y dolido.

Puede afirmarse que las conductas de riesgo representan la búsqueda de un renacer psíquico del adolescente que las comporta. No son más que la expresión que visibiliza la angustia que se mueve en el sujeto y que tienen su origen en las múltiples causas que han sido expuestas: la separación, la pulsión y el castigo del superyó imponen un dolor tal, que aquél, se ve forzado a buscar maneras de fabricar un sentido de vida, de alejarse del sufrimiento y resignificar su existencia.

Mucho se ha dicho en el esfuerzo por definir las conductas de riesgo, desde la perspectiva psicoanalítica: diferentes autores han oscilado al ubicarlas entre el *acting out* -llamado al otro,

que se desarrolla mediante una escena que contiene un mensaje, un significado particular, cuyos riesgos están medidos- y el pasaje al acto – un momento antecedido por un vaciamiento psíquico del sujeto, de muerte circunstancial, que procura su total borramiento y que puede traducirse como una pérdida total de vínculo con el otro.

El breve estudio que consta en este trabajo, permite concluir que la conducta de riesgo no podría enmarcarse en ninguna de estas definiciones. Por tratarse de un comportamiento en el que el adolescente no alcanza a figurarse la magnitud del riesgo al que se expone, por ser una respuesta ante la angustia que hace eco en él y por tener un carácter inconsciente, se consideró más adecuado llamarlas “actos de pasaje”, utilizando la expresión de David Le Breton. De este modo, pudo concluirse que a través de este tipo de conductas, el adolescente busca comprobarse, manifestarse ante un dolor que lo deja sin otras vías de expresión; resignifican, por tanto, la vida del joven: le proporcionan quizá, el modo de renovarse día a día, mientras logra construirse una noción de futuro y hacer de sí mismo esa masa consistente que pueda operar en dicho horizonte.

El adolescente que atraviesa estos actos de pasaje es consciente de que se expone a un riesgo, pero desconoce el resultado que puede tener su acción. Dice Le Breton (Le Breton, 2014: 93) que es típico del adolescente vivir la incertidumbre como un desafío, una experiencia que no engendra temor. A fin de cuentas, es artesano de su vida, sujeto de una época que deposita sobre él la mirada obligante de crecer.

BIBLIOGRAFÍA

- Abeastury, Arminda et al (1999). *La Adolescencia Normal: Un Enfoque Psicoanalítico*, Madrid, Paidós.
- Aberastury, Arminda (1969). El adolescente y la libertad, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (En línea) ISSN 1688-7247 (XI 02).
- Corona, Francisca y Peralta Eldreth (2011). Prevención de conductas de riesgo. *Revista Médica Clínica Las Condes*, 22 K (1), (pp. 68 - 75).
- Dolto, Françoise y Nasio, Juan David. (2006). *El Niño del Espejo. El Trabajo Psicoterapéutico*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Fernández Raone, Martina (2014). Consumo de sustancias y conductas de riesgo en la adolescencia. *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Fernández, Mauricio (2006). *Ponencia presentada en el Décimo Seminario Internacional Medio Ambiente y Sociedad*, “Nuestro ciclo vital, la ontogenia y las edades del ser humano”. Medellín 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2006. Recuperado de internet el 16 de mayo de 2016 en el siguiente enlace:
http://www.academia.edu/22069591/Algo_m%C3%A1s_en_la_adolescencia
- Freud, S. (1948). *Formulaciones Sobre los Dos Principios del Funcionamiento Mental*. Según la traducción de L. Ballesteros, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

- Flórez Eugenia y Gaviria Luz Elena (2013). *El acto (pasaje al acto y acting out) en el sujeto contemporáneo*. Recuperado de: <http://nel-medellin.org/el-acto-pasaje-al-acto-y-acting-out-en-el-sujeto-contemporaneo/>
- Freire de Garbarino & Maggie de Macedo, (1992). *Adolescencia II*. Montevideo, Editorial Roca Viva, Argentina.
- Freud Sigmund (2011). *Conferencia 25 “La angustia” -1916 (17)- O. C. T.XVI*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1948). *Inhibición, síntoma y angustia. Obras Completas, Volumen I*. Según la traducción de L. Ballesteros. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, Sigmund (1930). *El Malestar en la Cultura*. Según la traducción de L. Ballesteros. Hallado en: www.infotematica.com.ar
- Freud, Sigmund (1948). *Introducción del Narcisismo*. Según la traducción de L. Ballesteros, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- Freud, Sigmund (1986). *Más Allá del Principio del Placer -1920-*. Argentina, Amorrortu
- Freud, Sigmund (2004). *Pulsiones y destinos de pulsión -1915-*. O.C. T. XIV.
- Freud, Sigmund (2012). *El yo y el ello y otras obras 1923-1925*. O. C. T.XIX. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez, Cruz Elena (2015). *Implicaciones subjetivas de los pasajes al acto en adolescentes*. Trabajo de maestría. Universidad de Antioquia
- Jaramillo, Isabel (2009). *Lógicas del Sujeto en Riesgo*. Trabajo de Maestría. Universidad de Antioquia.
- Lacadeé, Phillippe. (2007) *El despertar y el exilio*. Enseñanzas psicoanalíticas sobre la transición más delicada: la adolescencia, Madrid, Gredos.

- Lacan, Jacques (1962). *El Seminario, Libro X, La angustia*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Lacan, Jacques (2009). *El Estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, en Lacan, Jacques, *Escritos 1*. Editorial Siglo XXI, México (pp. 99 – 105).
- Le Breton, David (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Le Breton, David. (2013). *Una breve historia de la adolescencia*. Madrid, Edit. J.- C. Béhar, (pp. 107-125).
- Lillo, José Luis (2002). *Crecimiento y comportamiento en la adolescencia*. Texto de la conferencia pronunciada en el VII curso “L’atenció específica als adolescents”, organizado por el Centre Jove d’Anticoncepció i Sexualitat y celebrado en Barcelona.
- Mesa, Clara. (2006). *Adolescencias contemporáneas: de la educación sexual al saber en exceso*, en: *Informes psicológicos*, No. 8, ISSN: 0124-4906. Medellín (pp. 39 – 55).
- Miller, Jacques - Alain (2012). *Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto*. Recuperado de: <http://nel-medellin.org/miller-jacques-alain-jacques-lacan-observaciones-sobre-su-concepto-de-pasaje-al-acto/>
- Seaone, Andrea (2015). *Adolescencia y conductas de riesgo*. Trabajo de grado. Universidad de la República, Uruguay.
- Stubrin, Jaime (1993). *La Angustia: Factor Determinante del Actuar Sexual Compulsivo*. Recuperado de internet el 31 de mayo de 2017 en el siguiente enlace: <http://www.robertexto.com/archivo9/angustia.htm>
- Uriksen de Viñar, Maren. (2003). *Presentación*. En Le Breton, D., Comp., *Adolescencia bajo riesgo*, (pp. 9 - 14).

- Valcarce, Mercedes (2008). *Separarse del otro: la angustia más primitiva (el punto de vista de John Bowlby en comparación con el de otros autores)*. Clínica de Investigación Relacional, 2 (2): 397-404. [ISSN 1988-2939]
[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CelRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>]